

## Hacia el final de la jornada laboral

Yazmín Mendoza Espinosa. Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica Mexicana y del Instituto de Psicoanálisis de Frankfurt (Ambas instituciones pertenecientes a la IPA)

Ese continuo movimiento de un mundo interno, que no es del todo el mío, al mundo externo, que tampoco lo es, evoca en mí estados anímicos que gravitan con fuerzas dispares. Tránsito por ese corto trayecto que conecta esos dos mundos: los escalones a la salida del consultorio para arribar al hermoso patio interior del antiguo edificio donde crecen grandes helechos y esa enredadera que se aferra al muro que sobrevivió a los bombardeos de la segunda gran guerra y que persiste como metáfora de la vitalidad que se aferra sobre lo que el tiempo carcome; para cruzar el pasillo que finalmente me conducirá a la calle. Me parece que levito por esos pasadizos, mientras me voy percatando de las diferentes densidades que conforman mis pensamientos.

Como si despertara paulatinamente de un sueño en el que en algún barrio de alguna ciudad del este de Estados Unidos de América pude observar a una familia que considera que la única opción para salvar la dignidad es enlistándose en el ejército. Los veo sopesar sus ideales y al mismo tiempo que son pronunciados miro las marcas que dejan esas palabras incrustándose en los huesos y músculos de ese joven que vino a consultarme por cargar con un dolor crónico insoportable, quien ya no puede y quién sabe si quiere seguir siendo soldado. E inmediatamente después me remonto a esa tierra distante en el este, también lejano, pero ahora del continente africano donde hay conflictos tribales azuzados por un gobierno que lo único que quiere es permanecer en el poder y tras alebrestar a las masas ha perdido el control, porque ahora ese odio se transmite de forma imparable en las redes sociales. Llegué ahí con esa mujer y con su dolor que es una mezcla de lo ajeno que le resulta todo aquí tan lejos de su familia, y de la añoranza que siente por un país a donde quiere y no quiere volver. Ahora, a la distancia, es testigo de esa violencia que sale disparada del aparato de comunicación para activar aquella parte cerebral, la más rudimentaria y salvaje que se encuentra en cada uno de nosotros, y tras tomar el control de su poseedor sale a la calle y mata (ella me dice que también se lo come) a aquel con el que antes convivía pacíficamente. Mientras me encuentro todavía procesando ese dolor que en esa especie de experiencia onírica se volvió parte de mí, salgo súbitamente proyectada para ubicarme muy lejos en ese otro país nórdico donde las personas viven una vida segura y estable, pero donde el frío ha traspasado las paredes y ha penetrado en el corazón de las personas. ¡Por fin logro articular un pensamiento! Me digo que, me sorprenden esas vidas tan contrastantes y que me es difícil integrar dentro de mí esos mundos tan distintos. La idea de aquel mundo donde está prohibida la separación mientras que en ese otro no se tolera la dependencia... trastabillo al no poder acceder fácilmente a un referente teórico que sustente mi futuro inmediato quehacer clínico. Y en ese pequeño trayecto mi introspección ocurre paradójicamente de manera extremadamente lenta y a gran velocidad, pues voy percibiendo cada mundo de cada uno de ellos tirando con su propio peso, con sus propios ritmos, olores y colores, como si pudiera incluso palpar con la yema de mis dedos las distintas texturas. Me he dejado impregnar de esos contrastes con los que las culturas de cada uno de mis pacientes han moldeado sus maneras de expresarse, sus diferentes lenguajes, la manera tan peculiar que tiene cada uno de usar ese espacio que les brinda mi escucha en el consultorio, y mientras todo ello se va asentando en mi mente, cual se asienta la arena en las aguas después de una turbulencia, doy finalmente un paso hacia la calle.